

Emigraciones prósperas



Aunque creo que los vascos somos entre los europeos uno de los pueblos más arraigados a su suelo natal, ya que llevamos más milenios que nadie sin movernos —tantos miles de años que nadie sabe cuántos—, no por ello hemos dejado de sentir, de cuando en cuando, la necesidad de ir a otras tierras para buscar en ellas nuevas formas de vida.

Hemos tenido gran parte en la colonización de varios países, y en la de la Argentina más concretamente.

Un gran escritor vasco, Francisco Grandmontagne, escribió un delicioso libro titulado «Los Emigrantes prósperos», en el que de forma un tanto anecdótica reseñaba mucho de lo que habíamos hecho por América.

En el siglo pasado fueron causas políticas y económicas las que incitaban a los jóvenes a emigrar a América. El segundón del caserío no tenía, como ahora tiene, posibilidad de trabajar en la industria y emigraba. Soy de los que creen que la base de la actual prosperidad del país tiene sus cimientos levantados con el fruto del trabajo de aquellos indios, que retornaron a su pobre país, como era el nuestro, con el producto de toda una vida de laboriosidad.

Lo de la Argentina fue una epopeya vasca, como lo fue antes la pesca de la ballena. En los numerosos incidentes políticos de Argentina, asombra leer cuán grande es el número de apellidos vascos de los que actualmente intervienen en la política platense.

Las circunstancias mundiales y las nuestras nos han convertido, de un pueblo de emigrantes, en un pueblo de inmigrantes. Si antes muchas chicas se quedaban sin novio, ahora son chicas de otros pueblos las que vienen siguiendo a los jóvenes inmigrantes para que no se olviden de ellas. Estas chicas son las que están resolviendo el problema del servicio doméstico entre nosotros.

Ahora vemos cómo llegan oleadas de jóvenes trabajadores, desde tierras meridionales, que vienen a trabajar, precisamente, a fábricas que erigieron los segundones del caserío. Esta afluencia está haciendo crecer a nuestros pueblos con ritmo del Oeste americano en tiempos de la fiebre del oro.

Todo esto está creando muchos problemas y de diversa índole. Los «errikoshemes» se sienten preocupados por el

porvenir de nuestra tierra. Yo creo que la cuestión, si bien es como para preocuparse, no es para asustarse, siempre que ellos y nosotros sepamos estar en nuestros puestos.

En este asunto, estimo que ocupo un lugar intermedio, ya que soy nieto de un «coreano» que hace cien años vino a construir el ferrocarril del Norte y a enseñar a los vascos el manejo de la dinamita, que ellos desconocían. Aquí se casó con una chica de Ezquioga, y si no fuese por esa estúpida manía que tenemos de anteponer indefectiblemente el apellido paterno, podría presentar una larga lista de apellidos vascos del gusto del mayor racista.

La absorción del País sobre una familia de inmigrantes italianos, como es la mía, ha sido tan grande, que ninguno de nosotros nos consideramos con conexiones con la península itálica, a pesar de tener próximos parientes en ella, y aunque mi padre sostuvo su nacionalidad italiana hasta poco tiempo antes de morir.

En esta absorción por el País tiene gran parte de causa la belleza del mismo, el buen nivel de vida que proporciona a sus habitantes, así como la dulzura de su paisaje y clima, a pesar de la chufra que nos gastan los de las tierras secas a cuenta de nuestra bendita lluvia.

A mí, particularmente y por mis propias circunstancias, no me produce mayor desasosiego el problema de la inmigración. Sé que los hijos de los inmigrantes se sentirán tan vascos como nosotros. Que tengan y den a sus vidas un tono vasco es más cosa nuestra que de ellos.

Si les podemos ofrecer un buen nivel de vida y una vida espiritual libre y sosegada, creo que terminarán haciéndose a nuestro modo de vivir. Por lo menos, es mi experiencia particular con emigraciones en nuestra zona de hace cuarenta años, y hoy totalmente absorbidas.

Es cosa normal y corriente que hijos de gente que vino a construir el ferrocarril del Urola, en sus conversaciones corrientes se consideren como vascos; son gente que creo está prácticamente absorbida en el lapso de los cuarenta años transcurridos.

Todos sabemos por experiencias personales, que el típico madrileño no ha nacido en Madrid, y que un buen barcelonés es aquel que ha nacido en Murcia. Esto se debe, sin